

La subasta nuestra

Postdeuda y posibilidad

Ariadna Michelle Godreau-Aubert



M I M E S I S

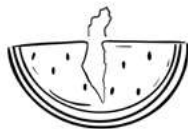
F E M I N A R I A S

*Para Lucas Imar y Elián Iré,
Luz y mar, sol y porvenir*



COSAS NUESTRAS: EL TIEMPO
DESPUÉS, LA MESA Y EL AIRE

09



VER PALESTINA

33



LA SUBASTA NUESTRA,
POSTDEUDA Y POSIBILIDAD

15



TE LLAMAN

39



DEUDAS, AFECTOS
Y REVOLUCIÓN

53



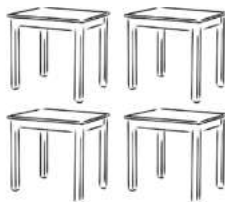
MATERNALIA,
TE COMPARTO

41



TE HAN NACIDO
DOS SOBRINOS

71



CÓMO DECIR QUE ES ELLA

81



SOY LA ARENA

85



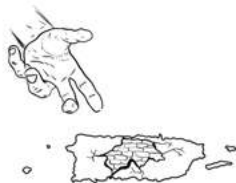
JUEGO DE PIERNAS

87



CALEIDOSCOPIO Y DESASTRES:
LA RECUPERACIÓN POSIBLE

93



DÍA 42

105



INCITACIÓN Y SALVAMENTO

109



ANEXO

113



COLOFÓN

140



COSAS NUESTRAS: EL TIEMPO DESPUÉS, LA MESA Y EL AIRE

Estos son los tiempos de la subasta,
del acabose, de la postposibilidad.

Retomo la mesa y escribo.

EN ESTA OCASIÓN la mesa no está servida. Lo estuvo, sí. Pero escribir eso no basta. Habría que explicar el estado de esta mesa con cierta teatralidad, para darle al lector de qué hablar y de qué comer, como debe ser. Si esto fuera un libreto se instruiría a colocar una mesa rectangular, blanca, en el centro del escenario. Se diría que se ve como una mesa donde cuatro personas, un grupo o quizás una familia pequeña, comió. Se notaría en las cuatro sillas que están un poco fuera de sitio, en los círculos de agua que dejaron los vasos, en los granos de arroz por aquí y por allá. Debajo de la mesa habría una servilleta hecha una bolita y más sobras de comida. Una lámpara, un semicírculo iluminado, se agitaría suavemente sobre la escena y la luz bailarían sobre el líquido olvidado, sobre los granos, sobre el blanco, sobre las sillas que hacen sombras contra la pared y esas sombras a su vez formarían rejillas a contraluz que parecerían moverse, con suavidad. Todo estaría ahí, como diciendo que sí se estuvo, pero haciendo claro que ya no se está. El público no podría adivinar las razones.

La prefiero así, la mesa. Las prefiero así, las razones. Es un secreto.

Faltaron los aplausos. No llegamos a la mesa del aniversario decimotercero. Uno de nosotros se levantó de repente. Eso no es cierto, pero es una forma amable de decir la verdad, para cuando en el futuro nos lean las generaciones presentes. La verdad es que no se quiso llegar porque el hambre profesada no era tal. Esa afirmación es inmensa porque es certera. Se traga todo. Otra realidad es que un día nos leerán, a ambos, ambos, y ahí se cocinará una verdad. A su gusto, con o sin ganas, se la comerán completa. El resto del camino será regurgitar, repetir o saborear. Eso solo lo dirá el tiempo.

La carencia es asumir el suceso. Su antes y después. La carencia es el opuesto de la caricia y su contrapeso. Mi trabajo es sostener la mesa. Mi rol es insistir en el pan. Mi promesa es compartirlo.

Me paro a contraluz para generar una sombra, de esas que se extienden con la salida del sol y que se empequeñecen mientras avanza el atardecer. Como es temprano, uso mi sombra para medir la distancia de mi cabeza hoy con aquella primera vez que me senté a escribir con seriedad. La seriedad es la disciplina en función de un corazón desbordado. Ya son casi seis años de la publicación de *Las propias*.¹

Aquí ha pasado de todo. Primero fue la declaración de derrota ante la deuda, luego la policía y la Junta de Control Fiscal, después aquel huracán devastador, más tarde otro y otro, seguido de terremotos, inundaciones y una pandemia. En los lados más íntimos, sucedió otro tajo de emergencia, el nacimiento de un segundo hijo, un tatuaje en las costillas de la izquierda, otro a la derecha, un corazón roto, el pecho como una caja donde resuenan las piezas de ese corazón, mis brazos alrededor de mi pecho, sosteniéndome para poder sostener dos niños. El mundo se ha acabado tantas veces que

1. *Las propias: Apuntes para una pedagogía de las endeudadas* se publicó en marzo del 2018 bajo el sello de Editorial Educación Emergente en San Juan, Puerto Rico.

ya no nos caben ensayos de elogias. Cada vez nos despedimos mejor y, al mismo tiempo, nos aferramos más a esta vida que insiste y persiste. Ante el apocalipsis nos tenemos que asumir de salida o ensimismadas en permanecer, en vilo o en la brega, endeudadas o propias, una florecita creciendo en el cemento o camándula de collar. Asumir es adaptarse, pero sin estar de acuerdo. Adaptarse es mutar, pero sin colas magníficas o alas de colores. Es quedarse con nuestras cuerpos intactas.

Para mutar con la velocidad que exige Puerto Rico, el Caribe, el mundo, se necesita aire. Nos dieron aire las promesas de reconstrucción, los alimentos enlatados, los generadores de electricidad, el trabajo remoto, los incentivos para desplazamientos laborales, la generosidad transatlántica, la cocina compartida, los conciertos de beneficencia, la filantropía abierta, el titular en periódico extranjero, los reclamos de auditoría, la moratoria en pagos a bonistas, la protesta contra cierres de escuelas, el escarnio a quienes se burlaron de la catástrofe, la salida forzosa de un gobernador, el exilio del gobierno de ricos, el amago de perdón mediante la ocupación de cargos públicos de mentira, el retorno como analistas políticos estrella, los intentos de reconciliación, las terapias de pareja, la búsqueda fallida de la verdad, el linaje, la palabra y la piel.

La cosa se fue desinflando. A veces poco a poco, como acariciada por un puercoespín muy incómodo y otras con la violencia de saberse atravesada por mil varitas de guayaba. La velocidad del desinflamiento es proporcional a la coexistencia de identidades límite: mujeres, sobrevivientes, negras, pobres, inmigrantes, viejas, diversas. Muertas por asfixiamiento, debería decirse en justicia de aquellas a quienes no se les permite mutar. Ni alas de colores, ni colas magníficas, ni vida digna. A veces somos todo y muchas veces somos nada. Este texto, segundo en tiempo, es sobre esa intersección y la posibilidad fallida de quedarnos ahí, aquí. Este libro es sobre quedarse sin aire.

En la Isla a veces cuesta respirar. Literalmente.

Aprendí hace poco que cuando cubro una vela con un vaso se apaga. El fuego necesita aire también. Oxígeno, diría con voz de hombre un hombre en la audiencia, si fuera a leer esto en voz alta ante un grupo académico de otros hombres. Me niego a la corrección. Me encomiendo a. Quizás la falta de altares para nuestras muertas es porque no hay aire. No hay altares posibles para 4645 muertos del huracán María, para 2000 vidas arrancadas por el COVID, para las 440,000 personas que se han marchado en estos últimos diez años, para la niñez que no podrá nacer aquí, para las mujeres que se verán forzadas a parir o partir o partirse, para nosotras. Desinflarse, perder el aire y la forma y la materia, es como quebrar. Es separar las partes del todo en nuevos algo más pequeños e insuficientes. No hay satisfacción o saldo. Falta.

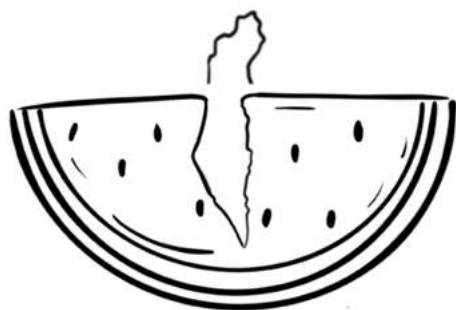
Cae el sol, pero ya pronto amanece de nuevo. ¿Estamos en las postrimerías del tiempo de dios? Mamá decía que el tiempo de dios es perfecto. Debe serlo en su después también.

Esta mañana me senté a medir mi sombra con seriedad. La disciplina es asumir que no se puede escapar del desbordamiento. Particularmente en este País, en estas circunstancias, con el corazón al borde de. En el plano más cercano, esta distancia está cruzada por un niño de seis años que analiza al mundo con una calma susceptible a aspavientos, por un bebé de dos años, por una perra que envejece, por una perra recién rescatada, por un apartamento con escaleras de colores, por un todo que nos separa. El antes y el después son aspiraciones de un durante que es más extenso que la suma de todas las sombras a contraluz. La distancia está crecida, se desborda, arrasa con todo.

Me aferro como animal. Esta mesa será también tabla de salvación contra el naufragio. Cabemos todos. Al menos los tres. Y las perras. Guardaremos las provisiones necesarias, entre ellas el aire y el pan,

con algunas velas. Te desearé que tu mesa también sepa flotar, para ti y tu animalia. Te recordaré que lleves contigo el aire, el pan, las velas. Nos acompañará rabia y sombra. A veces, o casi siempre, habrá luz. Venceremos.

Ven. ¿Seremos? Quizás.



LA SUBASTA NUESTRA, POSTDEUDA Y POSIBILIDAD

ES AQUÍ: VENGAN Y COMAN

ESTOS SON LOS TIEMPOS de la subasta, del acabose,
de la postposibilidad. Son los tiempos en que el hambre se convierte en alimento y es casi como un motor voraz que promete cerrar ciclos. ¿Es acaso este el saldo, la paz? No. Esta es la enunciación de la deuda consumada. Han venido a cobrar y no tenemos con qué pagar. Vienen a llevarse todo, la tierra y la casa, la siembra y las camas, las tazas y el café, hasta la mesa donde aprendimos a compartir el pan. El nuestro.

Hago una búsqueda en Google para dar con la etimología de la palabra subasta. Extravié mis diccionarios entre el desorden de cajas de división y escarnio. Con toda honestidad, ya no recuerdo cómo se llama aquel libro donde se insistía en que toda palabra tiene una raíz, usualmente sembrada en latín, casi siempre manoseada, en desuso. Dice el internet que la palabra subasta está relacionada con las “hastas” en latín, que son las estacas que demarcan el lugar donde se reparte el botín de guerra.

En las palabras nada sobra ni se pierde. Aunque insistamos en otra cosa, el lenguaje es siempre cabal, certero. Desde ahí, el poeta y matemático José María Lima factorizaba: